

**Jorge Dávila Vázquez,  
*Personal e intransferible,*  
 Quito, Libresa,  
 2017, 2ª. ed., 83 p.**

También para el lector cada libro es siempre una cuestión personal. Y algo intransferible solo hasta antes de leerlo. Después de iniciada la lectura, es hartos sabido, el libro deja de ser del autor para pertenecer a quien lo lee.

Complacido de hacer mío el manuscrito de *Personal e intransferible* me ocupo de ordenar esta nota de lectura. Lo inicial fue advertir que Jorge Dávila Vázquez juega con el sentido de ambos vocablos cuando titula este tomo de versos que son, en su vasto conjunto, un credo estético y existencial

Lo personal aquí es más que una apuesta por lo íntimo de la confesión abierta, pues poco de privado mantiene su palabra, ni nada permanece cerrado después del canto; de tal suerte que lo intransferible es lo relativo a una verdad a medias que apertura el sentido de la renuncia a modo de don humano, recordándonos con ello el valor del poema como entrega o merced.

También una pulsión de diálogo total apertura el camino del libro. El primer poema, por ejemplo, propone una noción de

la escritura afín de un religar de sí mismo, la común-uniión de los demás seres humanos consigo y el universo mundo.

Certidumbre y creencia, por tanto, hacen que la materia verbal sea, además, algo superior que cruza un límite alcanzado o un recurso de comunicación, de mera expresión directa, por lo cual restalla “el fuego de lo escrito”, y refulge en la mirada “la llama del poema”.

Por este asunto a Dávila Vázquez le preocupa la naturaleza de la creación, sean poema y poeta, lenguaje y escritura. Esa particular inquietud de la conciencia artística moderna adquiere en su voz una forma distinta de la confesión estéril o el gesto reflexivo de la impotencia, a veces dubitativo, en otros casos confinado a lo meta literario y autorreferencial del poema. Aunque Jorge tampoco prescinde de la tensión, la crisis y el conflicto de la escritura, el lenguaje y la comunicación para conquistar una victoria dentro de la derrota que puede suponer el decir de lo no dicho.

Lo ontológico del texto, condición que en otros notables autores antes ha configurado el sentido propio de la vida humana, se traduce en una afirmación de ese lenguaje, esa comunicación e incluso ese silencio, o la escritura en general con la cual se yergue la certeza misma de cantar, pese

a todo. No estamos, por tanto, ante una indagación liviana o una queja común y pasajera, como sí ante una exclamación jubilosa de la naturaleza del ser y la acción poética en tiempos de penuria.

Y esta inevitable y deseada evocación a Holderlin permite indicar que el misterio es lo palpado, lo insondable de encontrar la expresión justa y precisa en el momento aciago que lleva a preguntar también hoy día ¿para qué poetas y cuál es el sentido de su canto?, justo ahora que cantar al optimismo pareciera soslayar el estado elegiaco de solo celebrar la resignación y no la esperanza de vivir, aunque la existencia no pueda ser distinta ni menos ajena al dolor creciente de nuestros días.

En este libro nada parece escapar de esa vocación por nombrar todo, incluido, el silencio. Quizá esto responda a que la poesía sea un decir de “carne y hueso” y la voz un cuerpo orgánico, donde su madera es lo humano; aquello de lo cual estamos hechos, para no olvidar a Shakespeare. En fin, lo tallado en ella son huellas que deja la vida misma a su paso.

Su celebración, la conquista de lo comunicado, sea emoción o pensamiento, no excluye lo contrario de tamaño plenitud como es el vacío, lo que el poeta cuencano colma con solo nombrarlo. La sutura de la herida la da el verbo. La dificultad de su concreción

expresiva no es el problema a resolver por cuanto su búsqueda acaso será aquello que tensa las fuerzas de ese no saber decir lo que sin embargo se dice bien.

El motivo anterior se desplaza solo para ubicar al poeta como eje de gravedad. Un hombre corriente, sin rasgos extraordinarios es quien vive aquí. Y nos preguntamos, gracias a Jorge Dávila Vázquez, por el propósito que tiene recordarlo.

*Felipe García Quintero,  
Universidad del Cauca, Colombia*